

Suárez, Teresa y Tedeschi, Sonia (comps.) (2009): *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*, Ediciones UNL, Santa Fe. 244 páginas. Con fotografías e ilustraciones.

por Horacio Miguel Hernán Zapata,<sup>1</sup> Leonardo C. Simonetta<sup>2</sup> y María Liz Mansilla<sup>3</sup>  
Universidad Nacional de Rosario

<sup>1</sup> horazapatajotinsky@hotmail.com; <sup>2</sup> leosimonetta@hotmail.com;

<sup>3</sup> marializmansilla@hotmail.com

---

La historia de la historiografía regional ha adquirido una importancia cada vez mayor en nuestro país. Como se sabe, la historiografía regional argentina estudió, en un primer momento, aquellas obras y argumentos en oposición a un tipo de visión oficial de la historia nacional que, tenida por nacional, global y válida para el común de la sociedad argentina, evidenció una especie de centralismo temático en torno al pasado de la ciudad y la provincia de Buenos Aires.<sup>1</sup> No obstante, el centralismo historiográfico continuó perdurando buena parte del siglo XX en los historiadores, las instituciones, la investigación y las publicaciones, pero sobre mediados del mismo hubo aportes importantes y destacados que pusieron en evidencia la existencia de investigaciones que se corrían de esa historiografía nacional y canonizada desde Buenos Aires. En efecto, los últimos años exhiben un auge importante de este tipo de investigaciones, en parte debido a la propia profesionalización y especialización de los historiadores y a un intento constante por abordar procesos, acontecimientos y hechos que han tenido que ver con los espacios regionales y locales. El desarrollo de este horizonte de preocupaciones temáticas fue favorecido por la propia creación de licenciaturas y posgrados en las universidades públicas y de centros de ense-

ñanza e investigación. A ello se suma el apoyo de los gobiernos y programas internacionales a distintos proyectos acerca de las historias de tales lugares. El crecimiento obedeció, por otro lado, a la constante exhumación de repositorios documentales alojados tanto en instituciones públicas (archivos y bibliotecas nacionales, provinciales, municipales) como en fondos privados (asociaciones étnicas, organizaciones civiles, colecciones familiares, etc.) que habían escapado de la acuciosa mirada de muchos investigadores, y también a la persistente búsqueda de pistas sobre estas problemáticas en las propias tradiciones colectivas.

A la par, la historiografía regional argentina, como campo de estudio e investigación, pasó por un mismo proceso. El avance de la metodología histórica a partir de la interdisciplinariedad de las ciencias sociales a nivel mundial, pero especialmente en Estados Unidos y Europa, permitió que los historiadores de distintas partes del país se compenetraran con las tendencias contemporáneas o se formaran en el exterior y aplicaran los renovados enfoques a objetos de estudio que tuvieron que ver con algún tópico de la historiografía regional y local. En el medio, algunos empezaron a cuestionar metodológica y analíticamente la razón de ser de la historiografía tal como había sido concebida desde los parámetros clásicos.

Decidieron introducirse en canteras teóricas y empíricas alternativas donde, por ejemplo, los conceptos y procesos conectados con las “políticas de la memoria”, el “imaginario social”, las “representaciones colectivas”, el “campo cultural”, el “campo intelectual” o el “mercado editorial” cobraron relevancia para entender, por un lado, los discursos sobre la Historia como saber y práctica profesional; y por otro, las múltiples relaciones que las sociedades tejen con el pasado, los usos y disputas en torno al sentido del mismo y la escritura de la memoria, cualquiera sea su adjetivación (histórica, colectiva, social).

Principalmente fue esto último, la toma de conciencia de que las imágenes, representaciones y evocaciones del pasado, desplegadas o breves, no se forjan únicamente en los gabinetes de los historiadores ni mucho menos son fruto exclusivo de una silenciosa y larga tarea en los archivos, el hecho que motivó la discusión de las perspectivas que debían perdurar o cambiar y las maneras en que se pensaba (y hacía) historiografía. Concebida de esta manera, la historiografía regional buscó considerar los factores, los medios y materialidades que adquiere el uso del pasado, las condiciones de producción y constitución de los discursos en torno a éste y sobre todo las diversas operaciones de memoria puestas en juego por los agentes de la realidad, sabiendo que tales prácticas se caracterizan por enraizarse en lo concreto, en los espacios, gestos, imágenes y objetos. Desde esta perspectiva, por ejemplo, los ritos y emblemas de la liturgia escolar o militar y aquellos que se ponen en juego en fiestas más espontáneas, la toponimia urbana y rural, las estatuas, los calendarios y las efemérides, pueden ingresar legítimamente en la lente interpretativa del historiador interesado

en comprender y explicar los procesos de construcción de interpretaciones del pasado menos formalizados y eruditos, pero igualmente polémicos y ciertamente cargados de significación social, que los libros y los artículos de historia con pretensiones de cientificidad.

Hoy no hay duda de que los avances han posibilitado la conformación de un campo que aglutina los más variados y disímiles enfoques, redes de estudio y programas de investigación; un campo que prontamente se materializó en un alto índice porcentual de publicaciones de artículos, capítulos y fuentes; y un campo que continuamente viene a refrendar sus credenciales en la presencia de simposios, seminarios y mesas temáticas en jornadas y congresos. Tales son la serie de pruebas de la importancia cuantitativa y cualitativa de un tipo de vertiente que rompió con los cercos del centralismo historiográfico y, mucho más, con las limitaciones que brindaban los enfoques oficialistas y nacionalistas o aún teóricos de la historiografía argentina del siglo XX. Y el libro que reseñamos, *Historiografía y sociedad, Discursos, instituciones, identidades*, una compilación de las historiadoras Teresa Suárez y Sonia Tedeschi, es un buen ejemplo de lo esbozado hasta el momento. No solamente porque, en sí mismo, plantea un aporte relevante a la historia de la historiografía en la Argentina en general y al estudio de la configuración del campo historiográfico santafesino (desde fines del siglo XIX hasta avanzada la década de 1960) en particular.

También corrobora nuestro diagnóstico el hecho de que se trata del producto de seis años de estudio y trabajo, avalados por dos proyectos colectivos de investigación llevados a cabo en el marco de una institución de carácter público, la Universidad Nacional del Litoral,

y por un equipo dirigido por las compiladoras de esta obra e integrado a su vez por las historiadoras Mariela Coudannes, Carina Giletta, Inés Scarafía y Silvina Vecari. A su vez, este volumen conlleva las marcas del devenir de este equipo con una amplia trayectoria en la región: la reflexión sobre diferentes problemáticas históricas del pasado santafesino tardo colonial y pos independiente, la necesidad de encarar una ejercicio de introspección crítica sobre las propias prácticas de investigación, la decisión de asumir el campo historiográfico como objeto en sí mismo, la ineludible maduración de las pesquisas y la discusión de sus resultados en los eventos académicos que, como arenas, sirven para dar a conocer y poner en consideración de la comunidad científica aquello sabido, revisitado y producido.

La diagramación escogida divide el texto en un Prólogo a cargo de María Gabriela Quiñónez —profesora e investigadora de la Universidad Nacional del Nordeste especializada en la historia cultural e historiografía de Corrientes— se encarga de encuadrar pertinentemente el volumen en los retos que ha debido encarar la historiografía regional en nuestro país, una introducción donde se explicitan con lucidez los criterios generales de la obra y dos secciones principales. La primera sección, “Disciplinas e Instituciones”, cuenta con tres capítulos, y la segunda, “Historiadores”, agrupa otros seis. Algunos de estos acápite se detienen —con una base empírica íntegra y desde diferentes estrategias y escalas de análisis— en los discursos y trayectorias individuales, las elecciones temáticas, las concepciones sobre la disciplina, los criterios de interpretación del acontecer histórico, los contextos de producción y existencia de los discursos los procesos de construcción de

las memorias personales, colectivas e institucionales y la configuración de las identidades sociales. Aquellos autores estudiados descubren los comportamientos de varones y mujeres que, sin el perfil del historiador profesional en los términos actuales, fueron reconocidos socialmente como tales, lo que a su vez habilita comprender cómo las categorías contemporáneas no se presentaron de manera lineal y sucesiva, presentaron superposiciones de identidades y en ocasiones, una difusa visualización.

Otros capítulos avanzan en la organización de estructuras adecuadas, la formalización de prácticas disciplinares, los vínculos de sociabilidad familiar, política e intelectual, el montaje de canales de comunicación, la conformación de redes de producción, difusión y recepción de los textos históricos y en muchos otros aspectos tenidos como elementos rectores en la comprensión de las visiones del pasado que —a veces en comunión, otras veces contrapuestas— circularon en un universo historiográfico heterogéneo y abierto en el interior del escenario provincial. Tal característica, señalan las compiladoras, echa por tierra la imagen apriorística, homogénea, estática y restringida que tradicionalmente arrojaba la misma producción histórica santafesina para el período escogido. Hasta aquí, entonces, una breve síntesis de los pilares que atraviesan todas las páginas de *Historiografía y sociedad*. A continuación reseñamos los contenidos específicos abordados por cada capítulo.

En el primero, Mariela Coudannes analiza los factores que potenciaron u obstaculizaron el devenir de la historiografía santafesina entre 1935 y 1955. La autora entraña además la intención de averiguar hasta dónde los historiadores provinciales o más bien políticos de

la historia, concepto este último por el cual se inclina teniendo en cuenta, como variables de análisis, el contexto ideológico, la formación de los intelectuales, las identidades sociales y pertenencias políticas de los actores, las concepciones en torno a la disciplina histórica, la difusión académica, las redes de relaciones interpersonales, los vínculos institucionales y con el Estado y las estrategias que ponen en juego los agentes para acceder a recursos materiales y simbólicos.

A través del segundo artículo Teresa Suárez aborda, desde el plano de la Historia de la Ciencia, las convergencias entre la Arqueología y la Historia desde instituciones académico científicas en los espacios provinciales de Santa Fe y Entre Ríos con la intención de comprender la justificación y delimitación conceptual entre el período “argentino” y la etapa “americana” del pasado. Tomando en consideración aspectos claves de principios del siglo pasado, como definiciones académico–disciplinarias, aparatos institucionales, disputas político–ideológicas y pautas de ejercicio de la ciudadanía, Suárez intenta además mostrar las modalidades de obtención y recopilación de datos empíricos sobre los pueblos originarios, las formas de la comunicación y publicación de los avances de investigación, la lógica de conformación de redes de especialistas y las formas en que se manifiesta el interés de los especialistas.

De la pluma de Sonia Tedeschi, el tercer y último artículo de la sección abocada a lo institucional–disciplinar, estudia la trayectoria de un actor “opacado” en el inventario historiográfico provincial: Salvador Dana Montaña. Ensayo una aproximación sobre el aporte que realizó este autor pasado por alto al conocimiento histórico y su lugar en la conformación del campo historiográfico santafesino.

Asimismo, Tedeschi busca esclarecer una óptica particular del proceso de renovación de la disciplina histórica se dibuja a partir de la producción de este personaje y su puesta en relación con el escenario espacio–temporal: la relación entre la historia y la ciencia política. El escrito es apenas exploratorio ya que —como bien indica la historiadora— la obra de Dana Montaña, prácticamente inconmensurable, amerita una mayor exploración desde diversas inquietudes y marcos de análisis.

La segunda sección “Historiadores” inicia con un artículo de Inés Scarafia y Carina Giletta, cuya preocupación central es examinar los problemas comunes que surcan y ordenan la producción de Estanislao S. Zeballos y Gabriel Carrasco sobre el pasado santafesino. Las autoras parten de la consideración de los cambios económicos, demográficos y sociales que experimentó la provincia de Santa Fe a fines del siglo XIX y que elevaron su peso político en el marco de un Estado Nacional en construcción, dando mayor visibilidad tanto a sus problemáticas, propias del espacio pampeano, como a sus intelectuales, que adquirieron mayor recepción en los círculos políticos e intelectuales de la elite gobernante. Así, Scarafia y Giletta muestran que la presencia de ciertos núcleos comunes refleja el compromiso tanto de Carrasco como de Zeballos en la construcción de un modelo de comunidad política nacional cuyos pivotes fueron la lucha contra el “indio salvaje”, el poblamiento del “desierto” y la ocupación de las tierras, el fomento a la inmigración y los proyectos de colonización. Tales concepciones–eje de ordenamiento de la memoria posibilitaron no sólo la configuración de un imaginario aglutinante sobre el pasado de Santa Fe, sino también la consagración de estos intelectuales

como “historiadores” con un importante rol en el desenvolvimiento de una historiografía asociada a un Estado provincial en consolidación, esto es, a las “memorias del poder”.

Continúa el trabajo de Teresa Suárez, que reconstruye los datos empíricos sobre la historia de Gregoria Pérez de Denis (1764–1823), una vecina de la ciudad de Santa Fe que vivió a fines de la época y transitó el primer tramo de la convulsionada década revolucionaria, poniendo en conexión la trayectoria de esta mujer con los problemas de su contemporaneidad y procurando dilucidar los verdaderos alcances y móviles del donativo que hiciera esta dama al general Manuel Belgrano en 1810. La reflexión de Suárez se completa con la indagación de las operaciones de memoria ejecutadas en torno a la figura histórica de esta mujer, ya sea por historiadores —no únicamente el Félix Barreto que informa el título del capítulo de la autora sino también otros historiadores—, establecimientos y/o programas institucionales del siglo XX, tratando de deshilvanar los comeditos que perseguían los distintos episodios de mistificación.

A través del sexto capítulo del libro, Inés Scarafia, Carina Giletta y Silvina Vecari muestran las concepciones que Ángel Caballero Martín, José María Funes y José Pérez Martín, miembros de la Junta Provincial de Estudios Históricos, construyen sobre la etapa de la colonización hispánica, desde mediados de la década de 1930 hasta aproximadamente la de 1970. Las autoras recuperan, con base en sendas publicaciones del órgano editorial de la Junta, folletos, comunicaciones radiofónicas y artículos periodísticos, el marco social al que pertenecían este grupo de historiadores, sus vinculaciones políticas, insti-

tucionales y académicas y el grado de difusión como de discusión que alcanzaron sus producciones en el contexto más amplio de la renovación de la historiografía colonial en la Argentina. Como acertadamente plantean Scarafia, Giletta y Vecari, la visión hispanista defendida por estos miembros de la Junta, centrada en la perspectiva del “colonizador” y en la misión evangelizadora y civilizadora de España en América, no daba cuenta de las nuevas lecturas historiográficas sugeridas por los aportes de la antropología, la etnohistoria y la historia social.

En la misma senda, el séptimo capítulo a cargo de Teresa Suárez, sondea el modo en que el historiador Manuel Cervera estructuró su texto pionero *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe* en los albores del siglo XX. Suárez contrasta el orden temático de su obra con el texto de la Petición del Cabildo de Santa Fe al virrey Vértiz portada por los diputados José Teodoro de Aguiar y el escribano público y de cabildo Ambrosio Ignacio Caminos el 20 de diciembre de 1780. La autora averigua las influencias intelectuales y el de los testigos que Cervera pudo haber tenido en instancias de la elaboración de su libro, que fundamentarían tanto las estrategias argumentales, las decisiones de carácter epistemológico como así también los formatos de su escritura. Asimismo contempla la articulación de su labor —si no profesional, en el “oficio”— con la condición de actor social comprometido con su tiempo manifestada por las prácticas académico–institucionales que desempeñó Cervera.

El octavo capítulo, Mariela Coudannes se detiene en la figura del historiador Leoncio Gianello y a través de una problemática específica que permite observar la relación

historia—memoria que manifiesta autor: las representaciones que se edificaron sobre la identidad santafesina en la *Historia de Santa Fe*. Analizando las dos versiones de esta obra clásica, Coudannes procura señalar los intereses y preocupaciones del presente vivido por este intelectual que indujeron sus interpretaciones sobre el pasado santafesino, a los fines de demostrar que el relato construido por Gianello fue una de las estrategias empleadas por dicho intelectual con el claro propósito de intervenir activamente en el proceso de construcción social de la memoria de su época y, en consecuencia, de la identidad regional.

Finalmente, para cerrar este itinerario investigativo por la historiografía santafesina, Sonia Tedeschi propone a través del noveno capítulo del volumen algunos ejercicios de interpretación sobre el discurso historiográfico de uno de los más importantes y reconocidos historiadores de la provincia y de la ciudad de Rosario en particular: Juan Álvarez. En este sentido, Tedeschi examina la vinculación de los textos de este historiador con el contexto de producción ubicado en el escenario historiográfico argentino y regional. A lo largo del capítulo, la autora destaca las características de Álvarez como investigador pluridisciplinar, las variaciones en su discurso, sus concepciones acerca del tiempo histórico, la memoria colectiva, la concepción sobre la función social de la Historia y el compromiso intelectual con

los problemas sociales de su época, que lo lleva constantemente a vincular la ecuación pasado—presente—futuro.

Podríamos decir, para concluir, que los artículos reunidos en el libro merecen valorarse por la diversidad temática y metodológica, aportando miradas renovadoras en cada una de las secciones ofrecidas en el texto e invitándonos a reflexionar sobre una historiografía santafesina que no siempre fue igual a sí misma. No lo fue —y aún tampoco lo es— porque, al igual que mutaban los diferentes agentes que la fraguaban, también cambiaban las hojas de ruta de sus historiadores y las cartografías institucionales que cobijaba sus prácticas. Esta cuestión no es un dato menor, ya que representa un presupuesto valioso y necesario para cualquier futura línea de investigación que pretenda iluminar zonas desconocidas o desatendidas de los rastros que dejamos quienes practicamos un oficio intelectual con fuertes posicionamientos personales e institucionales pero, por sobre todo, con profundas inquietudes sociales y actuales. De esta manera, *Historiografía y sociedad...* retoma en su conjunto un camino que, aunque iniciado hace mucho tiempo por Marc Bloch, mantiene la vigencia y potencialidad para repensar una de las problemáticas que arrastra el mundo que nos rodea: las relaciones globales que una sociedad construye sobre las huellas reales o imaginarias de su pasado.

### Nota

<sup>1</sup> La negación de la participación de los ámbitos provinciales y regionales en la construcción de la historia argentina y la gran diversidad de personajes, hechos y episodios con que se habían “manifestado” esas historias particulares, marginadas en la historiografía nacional, fueron el “caldo de cultivo” para que desde los primeros historiadores, las instituciones que sentaron el incipiente campo disciplinar e inclusive las políticas oficiales empezaran a abordar las características de la evolución histórica de una provincia o una localidad.